BREVE EXHORTACIÓN

DIRIGIDA Á LOS FIELES, AL SER INAUGURADO POR EL EXCMO. SR. DELEGADO APOSTÓLICO, MONSEÑOR SERAFINI, ARZOBISPO DE SPOLETO, EL MONUMENTO Á CRISTO REDENTOR EN LAS ALTURAS DE «EL PEÑASCO,» EL 25 DE JULIO DE 1904.

GRANDIOSO fué el pensamiento de erigir en todas las alturas del mundo, al empezar el siglo XX, un monumento á Cristo Redentor. En los Alpes, en los Pirineos, en los Andes, en las cumbres de todos los montes y colinas, cerca de las ciudades populosas y de las humildes aldeas del antiguo y del viejo continente, se están levantando cruces colosales que proclaman en su mudo lenguaje que Cristo reina después de diez y nueve centurias, que Cristo triunfa á despecho de los esfuerzos del infierno. Salve, oh Cruz vivífica, única esperanza nuestra en medio de las tempestades que nos agitan. Los que después de haber pasado la mayor parte de la vida en medio de las perturbaciones del siglo XIX, hemos llegado á la aurora del vigésimo, te saludamos rendidos y nos postramos á tus pies.

¿Qué significa esta cruz que hoy erigimos é inauguramos? ¿Qué representa ese tronco derecho con dos brazos que se extienden á diestra y á siniestra? Antigua es

la cruz en el mundo. Sin pretender trazaros su historia, os citaré únicamente dos naciones en que fué célebre desde la más remota antigüedad: el Imperio Romano y el Imperio del Japón.

En uno y otro era instrumento del suplicio más afrentoso, y ya como simple potro para aplicar otros tormentos, ya como patíbulo para producir por sí solo una muerte más ó menos lenta, era causa y símbolo del sufrimiento más atroz, del dolor físico más intenso. Pero no era esto lo peor. Clavado el reo como en Roma, sostenido con argollas como en el Japón, expuesto desnudo á las miradas del pueblo enfurecido bajo los rayos del sol, y sujeto á los rigores de la helada noche, á los padecimientos del cuerpo se agregaba toda la ignominia, toda la infamia, todo el escarnio de que era capaz la crueldad humana. Así es que se reservaba para los facinerosos más abominables; y aun á éstos llegaron á exceptuar las leyes, siempre que fueran ciudadanos Romanos. Tal derecho alegó San Pablo para no ser crucificado, y recibió el martirio con la espada.

Maldito de Dios es el hombre que pende de una cruz, exclama Moisés en el Deuteronomio; es decir, para ser condenado á la cruz se necesita ser reo de tantos y tan nefandos crímenes, que quien con ellos ha ofendido á Dios hasta el grado de merecerla, de seguro ha perdido su gracia y está muy lejos de alcanzarla. *Por un crucificado, ninguno se atreva á vestir luto,* decían las leyes Romanas; y Cicerón, con su tono magistral, escribía: *Apártese hasta el nombre de cruz, no sólo*

de la persona de todo ciudadano Romano, sino de su memoria, de sus pensamientos, de sus ojos, de sus oidos.

Pero desde que Jesucristo quiso morir en ella enclavado, todo cambió, y de emblema de ignominia se convirtió en símbolo de nuestra Redención. Como tal la adoró la Virgen Santísima al bajar del Calvario apenas sepultado su Hijo Divino. Como tal la enarbolaron los Apóstoles en las diversas regiones en que predicaron el Evangelio. Como tal la plantó Colón en el Nuevo Mundo, apenas descubierto, y Hernán Cortés en Méjico, aun antes de conquistarlo, según lo proclama el nombre mismo del puerto de la *Vera-Cruz.* Nada nuevo os predico, por tanto; nada nuevo inventa quien os enseña á adorarla y venerarla, á formarla hasta con los dedos de vuestra diestra y á persignaros á cada hora del día.

Pero ¿fueron en realidad los descubridores y conquistadores de Méjico los primeros que trajeron la Cruz al Nuevo Mundo? ¿No fué Santo Tomás quien primero la plantó en nuestro suelo, ya sea en persona, ya sea por medio de sus discípulos asiáticos que se establecieron en esta parte del mundo?

No es este el momento de dilucidar esta cuestión; pero á creerlo me inclinan las supersticiones á que ha dado lugar un culto tan santo. Dice el proverbio vulgar que tras de la Cruz se oculta el enemigo de las almas; pero en Méjico, si hemos de creer á quienes parecen bien informados, aun *dentro* de la Cruz ocultaban los aborígenes mal convertidos sus ídolos. Los

Romanos, para escarnio de los discípulos de Cristo, pintaban un asno clavado al santo Madero. No ha llegado á tanto la impiedad entre nosotros; pero sí la superstición y la impostura han empañado más de una vez un culto tan puro.

Lejos de nosotros el seguir tan perniciosos ejemplos. Esta cruz de piedra dura y colosales dimensiones, que colocada en la cima de este monte domina todo el valle circunvecino, proclamará á los cuatro vientos que Cristo reina sobre nosotros, y que somos fervientes discípulos de Nuestro Redentor y humildes adoradores del leño sagrado en que murió por nosotros. Ella dirá á los viajeros que lleguen del Norte por la vía férrea que se extiende á sus plantas, que así como hemos llevado á cuestas, hasta la cumbre de este peñasco, la Cruz material, así llevaremos sobre nuestros hombros la cruz simbólica de dolor y de penas que la Providencia nos depare. Ella pregonará con sus brazos abiertos el amor inmenso que tuvo Dios al mundo, hasta el grado de darnos á su Hijo Unigénito para que muriera sobre el que era entonces el patíbulo más infamante.

¡Fieles habitadores de estas campiñas! Custodiad el monumento que hoy erige nada menos que el representante del Papa Pío X. Que al empezar el Siglo XXI, vuestros hijos y vuestros nietos lo encuentren intacto. Que no lo hiera el rayo ni lo derriben los vendavales; pero sobre todo, que la Cruz esté siempre grabada en vuestros corazones, en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

SERMÓN

PRONUNCIADO EN EL SANTUARIO DE SAN JUAN DE LOS LAGOS
EL DÍA 15 DE AGOSTO DE 1904,
CON MOTIVO DE LA CORONACIÓN DE LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA
DE SAN JUAN.